



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

INTRODUCCIÓN

La presente obra es una recopilación de textos en náhuatl sobre el porfirismo y la Revolución de 1910, en un pueblo del Distrito Federal, México. Tiene tres fines:

El primero es el de dar al público un conjunto de relatos, los recuerdos y reflexiones de una indígena sobre la última etapa del régimen de Porfirio Díaz (1905–1910) y sobre la Revolución zapatista y carrancista (1910–1919). No se busca presentar datos históricos exactos, ya que la informante se interesaba poco en fechas precisas —le interesaban los acontecimientos y sus consecuencias— ante todo en su pueblo. Y la meta de esta obra es mostrar su punto de vista, no otra cosa.

Nuestro segundo fin es el de iniciar una serie. Se ha escrito mucho sobre la historia de México entre 1900 y 1920 en obras que analizan aspectos históricos, económicos, políticos y sociales. Sin embargo es de advertirse que nunca se ha publicado un relato autobiográfico en lengua nativa de un indígena que haya vivido en esa época. Nuestra ambición es que este ensayo sea seguido por otros provenientes de otras culturas además de la náhuatl. ¿Cómo afectó la Revolución al pueblo otomí, escondido entre los nopales y mezquites del desierto del Mezquital? ¿Qué pensó el indio maya durante el sacudimiento social y político de la península después de 1910? ¿Qué supo el tarahumara de Madero, de Villa y de Pershing? Los yaquis que vinieron con el movimiento carrancista, ¿qué tendrían que contar sobre el sur de la República? Todas estas preguntas no quedarán contestadas de manera satisfactoria hasta que tengamos relatos tomados directamente del informante indígena.

Se puede decir que este ensayo es un llamado a los lingüistas e historiadores mexicanos. Si dejamos pasar unos cuantos años más, los datos que buscamos habrán desaparecido para siempre. El

hombre que tenía veinte años en 1910 hoy día tiene setenta y ocho. Si no nos apresuramos, nunca llegaremos a conocer las distintas reacciones de los grupos indígenas en cuanto a los eventos de la primera veintena de este siglo.

El tercer fin de estas páginas es el de proporcionar al estudiante del náhuatl moderno (que no está tan alejado en su forma del que hablaron Cuauhtémoc y Moctezuma) una serie de textos, material relativamente sencillo con traducción al castellano adjunta. Se trata de una versión libre, apegada en gran parte a las palabras mismas que usó nuestra informante.

Milpa Alta, el antiguo Momochco Malacatépec, es un pueblo situado en la zona más meridional del Distrito Federal, apenas a unos treinta kilómetros del Zócalo, plaza principal de la capital mexicana. Su posición geográfica y cultural es curiosa. Al norte se encuentra la ciudad de México, una de las grandes metrópolis del mundo, modernísima, con reflejos de París, Madrid y Nueva York. De México hacia el sur hay un cambio brusco cuando llegamos a las chinampas, la Venecia americana, donde el remero todavía conduce su canoa llena de flores y legumbres a los mercados de Xochimilco, Tláhuac, Mízquic, Tulyehualco y otras aldeas chinampanecas. De aquí en adelante comenzamos a subir sobre una inmensa mole de piedra volcánica en la cual se destacan los cráteres del Teuhtli, Cuauhtzín, Chichinauhtzin y la cordillera del Ajusco. Enclavada entre el Teuhtli y el Cuauhtzín se encuentra Milpa Alta. Seguimos subiendo a cumbres elevadas hasta que nos encontramos en la tierra fría, entre bosques de pinos, ocotes y cedros. Desde estos picos se extiende nuestra vista hacia el sur. El horizonte abarca la tierra caliente; allí están Tepoztlán, Cuernavaca, Cuauhtla y a lo lejos, las montañas del Estado de Guerrero.

Todos estos cuatro mundos — la ciudad cosmopolita, las aldeas lacustres, la zona montañosa de los cráteres y la tierra caliente aparecerán en nuestra historia.

Debido a su posición geográfica especial, Milpa Alta tuvo un papel extraordinario en la Revolución de 1910. Sufrió de manera exagerada las contiendas sanguinarias entre el zapatismo y los gobiernos y partidos que dominaron a la ciudad de México. En estas

páginas quedan las sombras de Porfirio Díaz, de Justo Sierra, de Emiliano Zapata y de miles de guerreros muertos, desde los nahuas de Morelos y Guerrero hasta los yaquis de Sonora.

Durante varios años, después de 1916, el pueblo de que tratamos quedó totalmente abandonado. Las casas fueron destruidas, los habitantes murieron o huyeron, las yerbas cubrieron las calles y, según nuestra informante, hasta un par de ánimas errantes llegó a vivir en las ruinas de un pueblo que había conocido la vida y la muerte.

Una de las sobrevivientes de la catástrofe que arrasó a Milpa Alta en 1916 fue una indígena llamada Luz Jiménez. Tuve la suerte de conocer a doña Luz en casa del antropólogo y mexicanista Roberto H. Barlow, en 1948, donde ella dictaba una serie de textos en náhuatl. Hoy día se conservan varios textos en el Archivo Barlow de la Universidad de las Américas, en la ciudad de México. Después de esta fecha fue mi fiel informante durante muchos años para mi curso de náhuatl en dicha institución.

Doña Luz Jiménez nació en el pueblo de Milpa Alta durante la última década del siglo XIX, y antes de los diez años anhelaba ir a la escuela. Después, como veremos, sintió un interés vivo en convertirse en profesora titulada de “futuras generaciones de maestros, sacerdotes y licenciados”. Esta fue su gran ambición, que nunca se realizó.

Su casa, su iglesia y —ante todo— su escuela quedaron grabadas en su memoria con cariño y gratitud. Fue casada y tuvo hijos, pero poco habló de su vida matrimonial. En cambio se refirió mucho a su madre, la cual murió en Milpa Alta en 1960, a los ciento dos años.

Entre 1911 y 1916 la familia de doña Luz sufrió las vicisitudes de la guerra entre la capital y el Estado de Morelos, cuando su pueblo mesoamericano se vio invadido por las fuerzas del norte. Vio los cadáveres de su padre y de casi todos sus parientes varones frente a la parroquia en la hecatombe de 1915; presenció los intentos de profanación contra “Nuestra Madrecita”, la patrona del pueblo, y contra el terrible San Mateo. Y, por fin, fue parte del éxodo nocturno hacia México cuando quedó abandonado el pueblo. Su familia volvió después de la muerte de Zapata, por 1919.

Durante el renacimiento de la pintura mural mexicana, por 1930, doña Luz sirvió de modelo a varios famosos artistas, Diego Rivera y Charlot entre ellos. Su imagen quedó grabada en los muros de la Secretaría de Educación, del anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria y del Palacio Nacional.

Pasó sus últimos cinco años en la ciudad de México con su hija y sus nietos, aunque conservaba su antigua casa de Milpa Alta. Murió accidentalmente en la ciudad de México en 1965 y fue enterrada en el panteón de Iztapalapa. En algunos aspectos nuestro trabajo ha quedado trunco por su sentida desaparición.

Hace tres años concebí la idea de que doña Luz dedicara varias horas de la semana a relatarme en idioma náhuatl sus recuerdos. Dichos relatos son los que forman este libro, que se hizo posible gracias al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Fue doña Luz una persona dulce, sencilla, paciente con los “caxtilantlacame” (los no-indígenas) que luchaban por aprender su idioma. Nunca fue exaltada en opiniones personales, a pesar de lo cruento de su historia. Fue poco especulativa en cuanto a raíces históricas y a fechas. Hablaba igualmente bien el mexicano y el español. Todas sus narraciones daban señales de fidelidad, ya que nunca hallé incongruencias serias entre una entrevista y otra.

Curiosamente los héroes de doña Luz eran Porfirio Díaz, Justo Sierra y Emiliano Zapata. Nunca conoció a los primeros dos, pero sí al tercero. Porfirio Díaz fue “nuestro padrecito en México”, el que le había dado al pueblo la forma “correcta” de vivir, inaugurando una era desconocida hasta entonces. Justo Sierra era símbolo de su futura misión como educadora. Gracias a él aprendió a leer y escribir. Emiliano Zapata era “el único de los revolucionarios que buscaba el bien de la gente humilde”, “el primero que nos vino a hablar en nuestro idioma mexicano”. Por disímbolos que parezcan estos tres, si cada uno de nosotros hiciera una lista personal, tal vez resultara un trío de héroes aún más fantástico que el de doña Luz.

Antes y después de nuestras entrevistas, doña Luz solía hacer comentarios en español sobre el tema o episodio que relataba. De-

bido a su muerte prematura no fue posible transcribirlos en náhuatl. Así es que aparecen en la traducción española entre corchetes, con puntos intermedios [. . .].

El sistema seguido para dictar el texto es algo diferente de la manera en que aparece en esta publicación. El investigador lo ha situado por su orden cronológico, y es suya la puntuación y la distribución de los párrafos.

Al principio de cada capítulo se encontrarán unas palabras introductorias del recopilador, siempre en letra cursiva.

El texto original náhuatl fue transcrito en caracteres fonéticos. Sin embargo, por razones tipográficas, estos textos se hallarán aquí impresos en el alfabeto tradicional. De vez en cuando el lector encontrará variantes en la ortografía de ciertas palabras: nican-nica; coatl-cohuatl; noiqui-noihqui. Estas diferencias se debieron al tono de voz según la naturaleza del relato, a la rapidez con que hablaba la informante y, ante todo, al tipo de consonante o vocal que precedía o seguía al morfema que se expresaba.

Agradezco profundamente al director del Instituto de Investigaciones Históricas, doctor Miguel León-Portilla, su interés vivo y espontáneo para que esta recopilación de textos viera la luz pública. Esperemos que éste sólo sea el primero de una serie de textos en idiomas indígenas para que vayamos conociendo las huellas del porfirismo y de la Revolución en el alma indígena de nuestro México multicultural y multilingüe.

Fernando Horcasitas